

# DIMENSIONES DE LA GLOBALIZACIÓN. ALGUNOS AVANCES TEÓRICOS GENERALES

**RIGOBERTO LASSO TISCAREÑO\***

## Resumen

Sin negar su importancia y centralidad como eje de la reproducción ampliada del capital a escala mundial, la globalización comprende esferas de la vida social y política en sus componentes familiares, educativos, de género y de comunicación entre otros, que inciden en los modos de pensar y percibir el mundo. El componente financiero de la globalización es, no obstante, el promotor y generador de variados procesos socioeconómicos.

**Palabras clave:** Globalización, libre mercado, capitalismo mundial.

**Clasificación JEL:** F01, F02, F13

Recibido: 13 de marzo de 2002.

Enviado a dictamen: 15 de marzo de 2002.

Aceptado: 5 de diciembre de 2002.

## Introducción

En este acercamiento a la globalización se aborda la temática exclusivamente en su sentido teórico general, sin referencia específica a algunos de sus niveles o lugares donde opera. Se intenta clarificar los conceptos, categorías y explicaciones teóricas necesarias para entender los actuales procesos de acumulación de capital que operan en el mundo, los cuales constituyen la esencia de la dinámica de la globalización.

Se trata, pues, de trazar en un marco más abstracto, de carácter teórico, un panorama que dé elementos para ubicar los principales rasgos de complejos y envolventes procesos que comprenden todas las actividades sociales, para entender cómo, más allá de la apariencia o realidad de los procesos regionales, éstos operan y son expresión o acotamiento de un contexto mucho más amplio que los explica.

## Definiciones

Una característica indudable de la etapa contemporánea del mundo y que anuncia el peso abrumador de la globalización es que en todos los países se discute actualmente el significado de ésta y sus consecuencias. En Francia se le conoce como *mondialisation*, en España y América Latina como *globalización* y en Alemania como *Globalisierung*. Hay sus equivalentes en ruso, chino, malasio y virtualmente en todas las lenguas.

Se le conoce, también, por una larga lista de conceptos sinónimos como “aldea global”, “torre de Babel”, “tecnocosmos”, “fábrica global”, “tierra patria”, “nave espacial” y muchas otras metáforas, alegorías, parábolas y eufemismos. Sin embargo, una definición más amplia de la globalización, entre las muchas posibles, es la siguiente: “El globalismo puede ser visto como una configuración histórico-social en el ámbito de la cual se mueven los individuos y las colectividades, o las naciones y las nacionalidades, incluyendo grupos sociales, clases sociales, pueblos, tribus, clanes y etnias, con sus formas sociales de vida y de trabajo, con sus instituciones, sus patrones y sus valores. Junto con las peculiaridades de cada colectividad, nación o nacionalidad, con sus

\* Universidad Autónoma de Ciudad Juárez Chihuahua.



tradiciones o identidades, se manifiestan las configuraciones y los movimientos del globalismo. Son realidades sociales, económicas, políticas y culturales que emergen y adquieren dinamismo con la globalización del mundo, o la formación de la sociedad global” [Ianni, 1999].

La globalización es, pues, una etapa histórica vigente en el mundo de nuestros días, que arranca con fuerza, de acuerdo con la mayoría de los estudiosos de estos procesos, a partir de los años ochenta del siglo pasado, aunque algunos pensadores la ubican, en un sentido más lato, desde el descubrimiento del continente americano. De modo sintético puede afirmarse que la globalización es la integración del mundo en una unidad económica, social y cultural propiciada por la revolución tecnológica de nuestros días, sobre todo por los avances en materia de transportes y comunicaciones, que tienen como base la informática y las aplicaciones de la electrónica y la computadora.

Es una generalización de relaciones, procesos y estructuras, modelos de producción y de consumo, valores y conceptos compartidos en todas partes, que atraviesa continentes, civilizaciones y culturas, subordinándolas y amoldándolas; formas de convivencia de tradiciones arcaicas, nuevas modernas y premodernas, con las más avanzadas formas de imaginación, arte, cultura y valores irradiados desde los países centrales hacia la periferia del mundo. En todo caso se alude a la existencia de un mundo amplia e intensamente interconectado, principal, aunque no exclusivamente, en su nivel económico. En efecto, los volúmenes actuales de comercio internacional son más altos que nunca en la historia y abarcan una variedad sin precedentes, por ser más diversificada la oferta de bienes y servicios de lo que el mundo experimentó jamás. Lo relevante, sin embargo, es que no se limita a la estructura económica, o mucho menos, a sus componentes financieros, sino que comprende esferas de la vida social que tienen que ver con la vida cotidiana, como valores, relaciones familiares, modas y una tendencia envolvente de homogeneización de la *cultura* en todas sus expresiones, sobre todo las de carácter popular como música, comida o modas.

La característica propia y más relevante, en opinión de los estudiosos del tema, entre ellos Anthony Giddens, director de la London School of Economics, se encuentra en el nivel de los flujos financieros y de capitales que actualmente circulan en el mundo. Sin embargo, no se trata de flujos monetarios que viajan físicamente, sino de dígitos registrados y transferidos de manera instantánea por medio de las computadoras, en volúmenes que no tienen paralelo en la historia.

Para dar una idea sencilla de la cuantía de los flujos financieros que en la actualidad se mueven en el planeta, ese autor explica que “El volumen de transacciones económicas mundiales se mide por lo general en dólares estadounidenses. Para la mayoría de la gente un millón de dólares es mucho dinero. Medido como fajo de billetes de 100 dólares abultaría 50 centímetros. Cien millones de dólares llegarían más altos que la catedral de San Pablo de Londres. Mil millones de dólares medirían casi 200 kilómetros, 20 veces más alto que el monte Everest. Sin embargo, se manejan mucho más de mil millones de dólares *cada día* en los mercados mundiales de capitales” [Giddens, 1999].

Que la globalización en nuestros días, en escala estrictamente económica, se evidencia por el peso de los movimientos financieros (que Samir Amin llama la financiarización del planeta) queda más claro con los señalamientos de John Gray cuando anota lo siguiente:

“Quizá lo más significativo sea que las transacciones en los mercados de cambio internacionales han llegado actualmente a la apabullante suma de alrededor de 1.2 billones de dólares diarios: el nivel del comercio mundial multiplicado por más de cincuenta. Alrededor de 95% de esas transacciones son de naturaleza especulativa y muchas usan nuevos y complejos instrumentos financieros derivados, basados en los mercados de futuros y las operaciones de opción”. Según Michel Albert, “el volumen *diario* de transacciones en los mercados de cambio internacionales del mundo suma alrededor de 900 000 millones de dólares, cantidad equivalente al PNB *anual* de Francia y unos doscientos millones de dólares más que el total de las reservas en moneda extranjera de los bancos

centrales de todo el mundo” [Gray, 2000: 83-84; cursivas del original].

Las cifras de la financiarización son de suyo impresionantes, pero con otras de orden económico el panorama queda aún más claro. En la actualidad todos los indicadores económicos de la globalización, como velocidad de circulación, tamaño e interconexiones de producción, circulación y consumo de bienes y servicios que ocurren en el planeta son extraordinariamente más cuantiosos que las de cualquier otro periodo de la historia. Simplemente, después de la segunda guerra mundial, el comercio mundial se ha multiplicado por 12 en tanto que la producción sólo se ha multiplicado por cinco; los vínculos comerciales en una muestra fija de 68 países han crecido desde 64% en 1950 a 95% en 1990; cada vez son las medianas y aun pequeñas empresas, en todos los lugares, las que incursionan como compradoras o vendedoras directas en el comercio internacional.

Sin embargo, la globalización no es solamente una cuestión económica; también es política, tecnológica y cultural. Son una gama de procesos de interconexión cultural, ideológica y de valores que influye en todo el planeta, en las organizaciones multinacionales, transnacionales, nacionales, regionales y locales; afectan, en términos de Octavio Ianni comunidades, civilizaciones y culturas, individuos colectivos y singulares, pueblos, tribus y clanes; arrasa continentes, países, océanos, archipiélagos y villorrios. La globalización es también una suma de procesos de comunicación y de innovación tecnológica que tienen sus medios en la gran revolución científica y técnica, a partir de la aplicación masiva de la computadora, los satélites y la incesante innovación en los medios de transporte y de comunicación. “El alcance de las tecnologías mediáticas crece con cada ola de innovación. Le costó 40 años a la radio conseguir una audiencia de 50 millones en Estados Unidos. La misma cantidad de gente utilizaba ordenadores personales sólo 15 años después de que apareciera el ordenador personal. Hicieron falta sólo cuatro años, desde que se hizo accesible, para que 50 millones de estadounidenses usaran Internet con regularidad” [Giddens, 2000]. **Aunque la proporción de la población mundial que cuenta**

**con acceso a computadoras e Internet es una minoría, el planeta ya no se concibe sin su uso generalizado en los medios empresariales, militares, financieros, periodísticos o académicos y en las prácticas cotidianas de millones de hacedores de opinión y líderes en las diversas esferas de la vida social, económica y política.**

La globalización tiene pues que ver con grandes sistemas y vastos recursos económicos y financieros, pero también con ideas y concepciones individuales y cotidianas, moldea gustos y difunde modas, estilos, valores e ideologías. Sostiene Giddens, por ejemplo, que el debate actual sobre los valores familiares está estrechamente ligado a la globalización, que los sistemas familiares tradicionales están transformándose, o en tensión, en muchas zonas del mundo, sobre todo al exigir las mujeres una mayor igualdad: “nunca ha habido una sociedad, al menos entre las registradas en la historia, en la cual las mujeres hayan sido ni siquiera aproximadamente iguales a los hombres. Ésta es una revolución verdaderamente global en la vida diaria, cuyas consecuencias se están sintiendo en todo el mundo, en ámbitos que van desde el trabajo a la política” [Giddens, 2000].

Así como se han revitalizado las demandas de género, se tiende a percibir con familiaridad el conocimiento de gustos remotos, las modas extranjeras e imágenes cada vez más familiares de los más exóticos lugares. Todo ello se facilita, a pesar de que las imágenes predominan sobre la narrativa, por la universalización del idioma inglés que, como sostienen Ianni, se convirtió en la *Vulgata* de la globalización: “El mundo cada vez más piensa, siente, fábula y escribe en inglés”.

### **Continuidad del proceso histórico**

La globalización es la fase de un proceso histórico asociada estrechamente con el desenvolvimiento del modo capitalista de producción; no es algo etéreo o ajeno a los sistemas sociales de las últimas décadas en el mundo, pero tampoco exclusivo de un país en particular o de un capitalismo nacional, aunque Estados Unidos es su promotor y se encuentra entre sus principales beneficiarios.



Desde la caída del muro de Berlín y con el derrumbe del sistema del socialismo real de la Unión Soviética y de Europa del Este, que finiquitó el periodo de la guerra fría, el sistema capitalista se despliega por el mundo sin limitaciones o confrontaciones económicas o ideológicas fuera de su propio sistema. Sin enemigo al frente, avanza mediante el proceso de reproducción ampliada del capital, arrasando todo a su paso. Desde sus orígenes la globalización, cuya generalización coincidió coyunturalmente con el derrumbe del socialismo real, se ha fortalecido como un arma al servicio del capital, que predomina en su ofensiva contra los trabajadores y movimientos populares en todo el mundo. Sin diques, obstáculos ni el gran paraguas de contención socialista, arrasa imparables toda oposición.

Desde sus orígenes el capital tiene una vocación internacional. Desde el siglo XIX así lo anunciaron Marx y Engels, quienes premonitoriamente sostuvieron que por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, crear vínculos en todas partes... mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materia primas indígenas, sino materias venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento y la autarquía de las regiones y las naciones, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones” [Marx y Engels]. Si bien históricamente esa es la vocación natural del capital, con los instrumentos técnicos propulsores de la globalización, como las computadoras, satélites y el

uso de la electrónica en transportes y comunicaciones su potencial cosmopolita se ha reforzado extraordinariamente.

### Globalización y libre mercado

La caída del socialismo real existente hasta finales de los años ochenta ha permitido la difusión mundial irrestricta del proceso de acumulación ampliada del capital. Éste se despliega sin más obstáculos que las restricciones naturales propias de los mismos mercados nacionales, particularmente las de carácter geográfico que limitan u obstaculizan los accesos, las cuales tienden a ser abatidas tanto por las propias fuerzas globales del proceso de acumulación y mediante el uso amplio y profundo de los avances tecnológicos para vencer las barreras naturales, arrasando a su paso los recursos naturales con una estela de desequilibrios ecológicos y ambientales. Un papel central ha correspondido a los organismos multinacionales a los que se ha encomendado crear las condiciones para el libre flujo de capitales, sobre todo en sus modalidades financieras y monetarias. Esa ha sido la función principal de organismos como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y, en el ámbito comercial, el GATT hoy OMC, impulsada por el gran capital transnacional con sede en los países centrales y fundamentalmente en Estados Unidos.

El libre mercado ha devenido en dogma indiscutible que ha reforzado los regímenes **políticos de derecha** en múltiples lugares. Regímenes de distintos Estados, incluso de los llamados socialistas –como el Chino-, han devenido en estrategias de desarrollo que tienen políticas económicas con el mercado como centro para asignación de precios, criterios de inversión y de competencia para resolver inclusive políticas sociales, entre ellas de modo relevante las educativas.

El supuesto básico que se asume es que la modernización económica significa lo mismo en todas partes, que la globalización –la interconexión e interdependencia de la producción y circulación de mercados fragmentados que se integran en un mercado internacional– es un avance ineludible y modernizador del planeta a seme-

janza de un único tipo de capitalismo: el del libre mercado de Estados Unidos.

Las naciones en que opera el sistema capitalista, sin embargo, son completamente distintas y el mercado contiene siempre una *singularidad nacional*; está moldeado por las circunstancias particulares de su cultura social, política y de conformación cultural. Por ejemplo, las economías capitalistas europeas tienen la impronta de su peculiar desarrollo histórico, de los avances de las luchas obreras durante décadas, quizás siglos, de tradicionales soluciones a problemas sociales como desempleo, salud, vivienda o educación. El *Welfare State* ha operado como la forma más acabada de protección social, de modo destacado en los países nórdicos. El mercado no opera en un vacío neutral, sino que está estrechamente ligado a un tejido social que lo contiene y lo conforma, lo limita y condiciona, dándole al capitalismo nacional una peculiaridad que lo define y singulariza.

De igual modo se diferencian sustantivamente los capitalismo de oriente. La peculiaridad del surgimiento y la consolidación del capitalismo japonés desde finales del siglo XIX es proverbial y lo mismo ocurre con el capitalismo de los países de industrialización reciente como Singapur, Corea del Sur, Taiwán o Malasia. A propósito del tema John Gray confirma lo asentado como sigue: “Las economías de mercado de Asia oriental son profundamente diferentes entre sí, y las de China y Japón ejemplifican diferentes variedades de capitalismo. De la misma manera, el capitalismo de Rusia difiere en lo esencial del capitalismo de China. Todas estas nuevas especies de capitalismo tienen en común que no están convergiendo hacia ningún modelo occidental” [Gray, 2000].

### **Globalización de la ideología**

El libre mercado tiene una fuerte y clara connotación ideológica; es patrimonio de la derecha política en el mundo. La coincidencia favorable del derrumbe socialista, el estímulo sin precedentes a la acumulación del capital de las nuevas tecnologías y el relativo auge de crecimiento en las principales economías centrales, fa-

voreció el arribo de la ultraderecha<sup>1</sup> al poder en Estados Unidos y el Reino Unido con Ronald Reagan y Margaret Thatcher, así como en otras naciones, como los gobiernos neoliberales en México y Nueva Zelanda.

Esos regímenes, salvo en Estados Unidos, donde han continuado, tuvieron una existencia política históricamente efímera. Terminaron su vida política sumiendo a sus respectivos países en un caos social de consecuencias desastrosas y perdiendo el poder rodeados del desprestigio y el rechazo de los electores. La utopía del libre mercado ha generado una sistemática inseguridad económica, envilecimiento social con una delincuencia creciente y encarcelamientos masivos, índices de insatisfacción y crisis. La economía capitalista en los últimos 25 años no ha crecido propiamente, o lo ha hecho con tasas mínimas; vive una fase honda de estancamiento y la mayoría de los analistas de la globalización auguran un caos de consecuencias imprevisibles en el futuro cercano, de continuar la ofensiva de la acumulación sin freno del capital en escala mundial. Entre nosotros el caso explosivo más reciente es el de Argentina, que se debate en una crisis económica y política de grandes proporciones, entre otras razones por las presiones de los organismos multinacionales y sus políticas de ajuste promovidas por el Fondo Monetario Internacional.

Entre las consecuencias sociales de la operación sin freno del capital y el libre mercado está la inseguridad en el empleo (principalmente en Estados Unidos), el desempleo masivo que en Europa ha llegado a su máximo histórico, el subempleo, la emigración de cientos de miles de trabajadores (se estima que tan sólo en China han emigrado más de 100 millones de campesinos); ha excluido del trabajo a decenas de millones de personas y de la participación social y provocado una generalizada devastación del medio ambiente al privilegiarse la inversión y la ganancia inmediata sin considerar sus efectos a mediano y largo plazos.

<sup>1</sup> Se entiende como regímenes de ultraderecha aquellos basados en una plataforma política neoliberal que hacen del mercado, de modo absoluto y dominante, el centro de la vida económica y social.



Los regímenes y políticos de derecha fundamentan su defensa del libre mercado en el modelo del *laissez-faire*, etapa de mediados del siglo XIX en que se suponía que los gobiernos no intervenían, donde el Estado gendarme sólo vigilaba que ninguna fuerza ajena al mercado participara. Eso es un contrasentido histórico; ninguna economía puede consolidar su desarrollo sin una protección efectiva de sus economías y sin un marco normativo que regule su operación. John Gray sostiene que “...el *laissez-faire* es un nombre equivocado para una política creada mediante la coerción del Estado y cuyas acciones dependían absolutamente del poder del gobierno” [...] En los años treinta quedó demostrado que el libre mercado es una institución inherentemente inestable. Construido intencional y artificiosamente, se derrumbó en medio de la confusión y el caos. La historia del libre mercado global de nuestro tiempo no tendrá, con toda probabilidad, un final muy diferente” [Gray, 2000].

En la actualidad la economía de Estados Unidos, emporio del libre mercado, no se mantendría en funcionamiento ante una retirada del Estado, o ni siquiera con una drástica baja del gasto militar, como nos quieren convencer sus publicistas. A propósito de ello, Samir Amin anota la siguiente explicación: “A menudo se afirma que la hegemonía militar no es demasiado duradera, porque resulta muy costosa y la sociedad estadounidense no está dispuesta a asumir ese costo, como demostró la elección de Clinton. La tesis merece mis reservas por, al menos, dos razones. En primer lugar, quiero recordar que una reducción importante del gasto militar estadounidense sumiría al país en una crisis económica de importancia al menos paralela a la de los años treinta [...] En la actualidad, la economía estadounidense está enormemente deformada: casi un tercio de la actividad económica depende directa o indirectamente del complejo militar, una proporción que en la Unión Soviética sólo se alcanzó durante la etapa de Brézhnev. En segundo lugar, la hegemonía militar supone un pago, justamente el privilegio de que el dólar sea la moneda mundial. Por consiguiente, que Washington aceptara una reducción de su papel en el escenario mundial, como compartir la responsabilidad con Europa y Japón, supondría precipitar la reforma monetaria internacional,

perder el privilegio que tiene el dólar, y, por tanto, secar los flujos favorables de capital procedentes de otras economías” [Amin, 2000: 67].

Al contrario de lo que sostienen sus defensores, la expansión mundial de la producción impulsada por las nuevas tecnologías, promovidas por la libre circulación del capital y el comercio sin restricciones, son una seria amenaza para la estabilidad del libre mercado mundial que están construyendo las grandes empresas transnacionales.

El libre mercado de la actualidad carece de los controles y contrapesos políticos que liquidaron el libre mercado, por ejemplo, del Reino Unido a mediados de la época victoriana. Afirma Gray: “El régimen actual de *laissez-faire* será incluso más breve que la *belle époque* de 1870 a 1914, que terminó con las trincheras de la “gran guerra” [...] En ausencia de un Estado poderoso consagrado a un programa económico liberal, los mercados serán inevitablemente estorbados por una miríada de limitaciones y regulaciones. Éstas surgirán espontáneamente como respuesta a unos problemas sociales específicos, no como elementos de ninguna gran estrategia” [Gray, 2000].

El libre mercado que se desea opere sin restricciones no es viable *per se*; requiere de condiciones muy especiales para hacerse realidad. Entre esas condiciones está que necesita de un ambiente y de condiciones absolutamente autoritarias y antidemocráticas. En el Reino Unido del siglo XIX funcionó, si es que ello ocurrió alguna vez, solamente porque entonces se carecía de las instituciones democráticas consolidadas y de contrapeso; por eso sobrevivió sólo hasta que se estructuraron fuerzas capaces de contrarrestar su perniciosa operación. “El libre comercio y la democracia son rivales, no aliados”, sostiene John Gray.

El dominio del Partido Conservador durante más de un siglo en el escenario británico quedó anulado después del régimen de Margaret Thatcher, al deslavar seriamente su cultura de clase. La ofensiva antipopular de su gobierno erosionó severamente numerosas industrias,

comunidades y grupos gremiales; al final no logró consolidar la coalición política que la había llevado al poder. El partido fue sustituido y está prácticamente liquidado. En términos de un analista: “Esta no fue una aberración específicamente británica, sino la expresión local de una paradoja universal. Lo normal es que los mercados estén imbricados en la vida social y que sus actividades se vean constreñidas por instituciones de mediación y limitadas por convenciones sociales y acuerdos tácitos. Entre las instituciones mediadoras, los sindicatos y las asociaciones profesionales han ejercido un papel al mediar entre los individuos y las fuerzas del mercado. La construcción de un libre mercado requiere que estas instituciones sociales sean debilitadas o destruidas; deben ser anuladas como productoras de intereses particulares que obstaculizan el camino del consumidor universal, Sólo un Estado centralizado poderoso puede declarar la guerra a esas poderosas instituciones de intermediación” [Gray, 2000].

La situación del mundo tiende a agravarse, las nuevas tecnologías vuelven inoperantes las políticas de pleno empleo de tipo tradicional. El fin de las tecnologías de la información es llevar la división social del trabajo a un estado de flujo. Muchas ocupaciones están desapareciendo y, por los propios requerimientos técnicos de la producción, cada vez son más comunes los trabajos parciales y otras formas de subempleo ordinarias en las economías avanzadas. Un ilimitado marco de operación del capital sólo conduce al deterioro social al interior de los libres mercados y al caos en el mercado mundial. La descomposición social es un claro indicador de ese deterioro y un ilustrativo ejemplo es lo que ocurre en Estados Unidos: “Ningún otro país industrial avanzado en el mundo, fuera de la Rusia poscomunista, usa la cárcel como medio de control social en una medida semejante a la de Estados Unidos” [Gray, 2000: 12]. Más de un millón de personas estarían buscando trabajo si las políticas penales de Estados Unidos se parecieran a las de cualquier otro país occidental avanzado. Señala que en California cerca de 150 000 personas están en la cárcel y que en la década de los noventa es ocho veces más numerosa que 20 años antes y supera a la del Reino Unido y Alemania juntos. “A principios de 1977, alre-

dedor de uno de cada cinco estadounidenses adultos varones estaba tras las rejas y alrededor de uno de cada veinte estaba en libertad vigilada o bajo palabra. Ésta es una proporción diez veces mayor que la de los países europeos” [Gray, 2000]. “...Mientras que en el Reino Unido menos de una de cada 1 000 personas está en la cárcel, la proporción en Estados Unidos se acerca a una de cada 100” anota Gray, para enseguida aclarar que la distribución del ingreso en Estados Unidos es la más desequilibrada del planeta. Afirma por ejemplo que “según estimaciones de investigaciones fiables, en 1990 el salario de los altos directivos de las empresas estadounidenses era de alrededor de 150 veces el salario del trabajador medio, cuando en Japón era 16 veces más elevado y en Alemania 21”, continúa con el señalamiento de que “Esas políticas han situado a Estados Unidos en una posición que se parece, en términos de distribución de ingreso y de riqueza, a la de Filipinas o Brasil y no a ninguna de las demás economías importantes del mundo. Incluso en la Rusia poscomunista puede que los niveles de desigualdad sean más bajos” [Gray, 2000].

El mercado mundial como es concebido en los sueños de los empresarios transnacionales, es por definición incompleto. Como señala Samir Amin, los mercados nacionales permiten la triple circulación de mercancías, dinero (capitales) y fuerza de trabajo; el mercado mundial, en cambio, se caracteriza por permitir solamente la circulación de mercancías y capital, fundamentalmente este último, lo que da lugar a lo que él llama la *financiarización* y, como se vio más arriba, son flujos monetarios masivos y de carácter esencialmente especulativo de una magnitud 90 veces mayor que el volumen del mercado mundial [Amin, 2000].

El mundo contemporáneo requiere urgentemente un marco regulatorio que por una parte defina y controle los medios y límites en que opera con absoluta impunidad el capital global y globalizante y, por otra, una reforma que tolere la diversidad de capitalismo nacionales con su propia *singularidad* de mercados y regímenes como una realidad irreversible y natural, distintos al patrón semejante que Estados Unidos promueve en el planeta. Más allá de ello, como única salida real, efectiva e



histórica, como lo plantean Samir Amin, Flores Olea y Mariña Flores una salida por medio de un nuevo orden socialista mundial distinto a lo conocido y sin los vicios de las experiencias soviéticas y sus modalidades.

Actualmente ninguna potencia occidental puede asegurar un orden del mundo y pensar con soberbia que es la hegemónica internacionalmente. Ninguna economía central tiene la fuerza que detentó el Reino Unido durante su imperio o Estados Unidos inmediatamente después de la segunda posguerra. No hay en el planeta una supremacía occidental como la inspirada por la Ilustración. Existe propiamente lo contrario. El libre mercado no está acompañado ahora con una sola perspectiva cultural; es un mundo plural, multicultural, conformado por civilizaciones diversas donde la modernidad se asume adaptada a su historia, a sus circunstancias y necesidades específicas.

De acuerdo con muchos analistas, hasta tiempos recientes el espacio de gestión económica de la acumulación de capital coincidió con sus dimensiones políticas y sociales. Actualmente, en cambio, la situación es distinta, como el propio Samir Amin lo sintetiza con claridad en el siguiente párrafo: “La profundización del proceso de globalización ha acabado con esa coincidencia de espacios. Una nueva contradicción caracteriza el capitalismo mundial: por un lado, los centros de gravedad de las fuerzas económicas que gobiernan la acumulación han atravesado las fronteras de los estados particulares; por otro, no existe en escala mundial un marco o estructura política, social, ideológica y cultural que pueda dotar de coherencia a la gestión global del sistema. Por tanto, en lo que respecta a la dimensión política, la gestión de la crisis consiste en intentar suprimir el segundo término de la contradicción del Estado, con el objeto de imponer la gestión de la sociedad por el “mercado” como única regla. La ideología y práctica anti-estatistas radicales de nuestros días forman parte de dicha lógica” [Amin, 1999: 13].

Una contradicción adicional, alimentada en parte como respuesta espontánea a la globalización, es la emergen-

cia de las identidades y de las minorías. Ello ocurre particularmente en Europa, de occidente y de oriente, con la presencia combativa de diferencias culturales irreductibles de pueblos que se suponían integrados en las culturas homogéneas dominantes, pero cuya presencia y demandas son ahora conocidas mundialmente, entre otras razones gracias a la globalización.

Las luchas reivindicadoras de minorías étnicas, de subculturas sometidas, de género y de demandas populares a veces por necesidades muy específicas, y en otras con consignas más amplias, son expresiones de una lucha más general contra un estado de cosas que crecientemente cuestionan la estabilidad del sistema.

### Bibliografía

- Amin, Samir [2000], *El capitalismo en la era de la globalización*, Paidós. Barcelona.
- \_\_\_\_\_ [1997], *Los desafíos de la mundialización*, Siglo XXI Editores, México.
- Amin, Samir y González Casanova Pablo (Dirs.), *La nueva organización capitalista mundial vista desde el sur*, Volumen I, Coordinado por Samir Amin *Mundialización y acumulación*; Volumen II Coordinado por Pablo González Casanova *El Estado y la política en el sur del mundo*, Editorial Anthropos, Barcelona 1996.
- Flores Olea, Víctor, *Crítica de la globalidad*, Fondo de Cultura Económica, México 1999.
- Giddens, Anthony, *Un mundo desbocado*, Taurus, México, 1999.
- Gray, John, *Falso amanecer*, Paidós, Barcelona 2000.
- Ianni, Octavio, *Teorías de la globalización*, Siglo XXI editores, cuarta edición, México 1996.
- Ianni, Octavio, *La era del globalismo*, Siglo XXI Editores, México, 1999.
- Ianni, Octavio, *La sociedad global*, Siglo XXI Editores, México, segunda edición, 1999.
- Marx Carlos y Engels Federico, *El Manifiesto Comunista*, Editorial Progreso, Moscú.